

mada. Así dijo que hasta el 10 de agosto se mantendría el Austria sin compromiso respecto de las potencias beligerantes; que hasta entonces podría tratar confidencialmente con Napoleón, según lo hacía ahora, y adoptar varias de sus proposiciones, y hasta imponerlas á las cortes coligadas, á las cuales no le ataba ningún tratado: pero que á contar desde el día 11 estaría ligada con ellas, no podría dar oídos á nada sin comunicárselo al punto, y se vería obligada á no admitir ninguna proposición de paz sino con su acuerdo.

Muy seria atención merecían tales observaciones, pues la diferencia existente entre tratar el 10 y el 11 ó el 12 consistía en depender sólo del Austria, que deseaba la paz á causa de temer la guerra, ó en depender de las potencias beligerantes, que no querían la paz á causa de que esperaban más de la guerra, y que participaban de todas las pasiones de entonces. Al trasladar exactamente el duque de Vicencio las comunicaciones recibidas, acompañólas con nuevas instancias expresadas en el lenguaje más selecto y sentido.

«Señor, decía á Napoleón, *quizá cueste algo esta paz á vuestro amor propio, pero nada á vuestra gloria*, pues nada cuesta á la verdadera grandeza de Francia: os ruego que concedáis esta paz á Francia, á sus sufrimientos, á su noble adhesión hacia vuestra persona, á las circunstancias imperiosas en que os halláis. Dejad que pase esta fiebre de irritación contra nosotros, que se ha apoderado de toda Europa, y que excitarán en vez de aplacar hasta los más decisivos triunfos. Os lo suplico, añadía, no por el vano honor de firmarla, sino por la certeza en que estoy de que nada podéis hacer más útil á vuestra patria, ni más digno de vos y de vuestro gran carácter.» Se va á ver qué efecto iban á producir estas nobles súplicas dictadas por un corazón noble.

La respuesta llevada por Mr. de Metternich y transcrita el día 8, no podía estar á la vista de Napoleón hasta el 9, y no lo estuvo realmente y eso á las tres de la tarde. Se necesitara que, suscribiendo á los sacrificios solicitados y que no eran más que sacrificios de amor propio, según dijo Mr. de Caulaincourt perfectamente, se resolviera sin tardanza y despachase la respuesta el mismo día por la tarde, á fin de que, llegando á la mañana siguiente á Praga con los poderes para Mr. de Caulaincourt, se pudieran firmar las bases de la paz antes del 10 á media noche. Por desgracia Napoleón no hizo nada de esto. Ante todo no quiso creer en aquella situación del Austria, libre hasta el 10 de agosto á media noche, y comprometida desde esta hora, y dependiente de la voluntad de sus nuevos aliados en vez de depender sólo de la suya, é imaginó que este era un vano lenguaje diplomático de que se hacía uso para intimidarle ó apresurar sus determinaciones. No importándole mucho por otra parte evitar la guerra á costa de sacrificios que le eran desagradables por extremo, creyendo por una deplorable confianza en sus fuerzas, no se dió prisa á tomar y á hacer notorias sus resoluciones. Todo el día lo empleó en decidirse, pensando que ejecutarlo el día 10 sería demasiado pronto; que, no debiendo empezar nuevamente las hostilidades hasta el 17 de agosto, había tiempo de entenderse de sobra; que Austria haría lo que quisiera de sus aliados, tanto el 10 como el 11 ó el 12, á tal de que fuera antes del 17,

y que así podía permitirse veinticuatro horas de reflexión sin el menor tropiezo.

Veinticuatro horas empleó de consiguiente, no en luchar consigo propio, sino en lisonjearse, en dejar que pasara el tiempo crítico de la negociación de este modo. ¡Y él que tantas veces había aprovechado el instante propicio sobre el campo de batalla, que había debido á esta prontitud en resolverse sus más insignes triunfos, ahora iba á desperdiciar el momento político más importante de su reinado! ¿Y qué hacía Mr. de Basano durante estas horas fatales? ¿Cómo no pasaba aquella noche á los pies de su soberano, repitiéndole de viva voz las ardientes y patrióticas súplicas de Mr. de Caulaincourt! Aun cuando para vencerle fuera necesario adular insensatamente su indómito orgullo, y persuadirle de que, aún después de una paz de esta especie, sería más poderoso que nunca, más poderoso que antes de Moscou, al proferir Mr. de Basano semejantes lisonjas, se mostrara adulador patriótico y útil y se aproximara más á la verdad que dejando creer á Napoleón que la gloria consistía en no ceder nunca.

Pero nada oyó Napoleón parecido á esto, y durante estas horas escasas, horas que se llevaron su grandeza, y la nuestra también por desgracia, no oyó más que el eco de sus propias ideas. Después de manejar y de revolver toda la noche sus estados de tropas con Mr. de Basano, y de persuadirse de que podía hacer cara á todo, creyó que debía persistir en sus miras y no conceder á la paz ningún sacrificio sobre los que tenía en la mente. Véase las condiciones á que se atuvo al cabo. Desde luego consentía en sacrificar el gran ducado de Varsovia, como un ensayo de Polonia condenado por el suceso, pero no podía galardonar lo que denominaba una traición, restituyendo alguna grandeza á la Prusia. Admitía que se le concediera la mayor parte y aun la totalidad del ducado de Varsovia, si Austria y Rusia se brindaban á hacer este sacrificio en su obsequio, pero quería repelerla más allá del Óder y quitarla el Brandeburgo, Berlín y Potsdam en ventaja de la Sajonia, es decir, su suelo nativo y su gloria, y trasladarla entre el Óder y el Vístula, y hacerla así potencia polaca más bien que alemana, y dejarla que eligiera capital entre Königsberg y Varsovia, sin cederla á Dantzick que tornaría á ser ciudad libre. En su lugar quería poner entre el Óder y el Elba á Sajonia, y adjudicar á esta potencia cuanto hay desde Berlín á Dresde. Por lo que hace á Lubeck, Hamburgo y Brema, formaban parte del territorio constitucional del imperio y no consentiría ni que se mentase este asunto. A su vez equivalía á sujetarle á una humillación el despojo de la investidura de protector de la Confederación del Rin, puesto que se reconocía no ser más que un título absolutamente vano. Pronto estaba á restituir la Iliria al Austria, si bien reservándose la Istria, esto es Trieste, única cosa deseada con ardor por el Austria. Además pretendía conservar muchas posiciones á otro lado de los Alpes Julianos, tales como Villach, Goritz, y en suma todos los desemboques por donde se podía bajar á Iliria, diciendo que no estaba seguro de Venecia sin señorear tales posiciones, esto es, que no se hallaba seguro en su casa si no tenía las llaves de la ajena. Bajo estas condiciones admitía la paz sin darse por ajado, y consentía en volver á entrar en la línea del

Rhin con sus tropas. Bajo otras prefería luchar años y años contra Europa entera. Tales fueron las proposiciones emanadas de las meditaciones de esta noche funesta.

Sin embargo, como ninguna probabilidad había de que Austria pudiera obtener de sus futuros aliados el abandono de Berlín por la Prusia, á fin de componer con Sajonia una Prusia falsa, sin pasado, sin consistencia, sin realidad, autorizó á Mr. de Caulaincourt para renunciar á este primer proyecto si no era aceptado, y consintió en dejar á la Prusia, además de lo que se le concediera del ducado de Varsovia, todo lo que poseía entre el Óder y el Elba, si bien manteniéndola á Dantzick como ciudad libre, y no aguantando ya que se hablase de ningún modo de Lubeck, de Hamburgo, de Brema, de la Confederación del Rin, y finalmente, no restituyendo la Iliria sin retener la Istria, y sobre todo Trieste, pues siempre repetía que desear la posesión de Trieste equivalía á desear la de Venecia.

Durante el día 10 por la mañana envió Napoleón á buscar á Mr. de Bubna, que formaba sinceros votos por la paz y que desgraciadamente se prestaba algo á las miras de su interlocutor poderoso con la esperanza de ablandarle. A conocer le dió la negociación secreta entablada con Mr. de Metternich, comunicóle sus estados de tropas, le manifestó á las claras su inclinación á hacer esta campaña de Sajonia, de cuyo resultado se prometía tanta pujanza como gloria, mostróse tal como se encontraba, confiado, alegre, tan propenso á la paz como á la guerra, y de consiguiente dispuesto á poner poco de su parte á fin de que saliese una ú otra de sus negociaciones de Praga; y después de revelar sin vano alarde, ni fanfarronería, esta fatal energía de su alma, expuso sus condiciones, solicitando casi á cada una de ellas un asentimiento, que de seguro no podía otorgar Mr. de Bubna, si bien no lo negaba sobrado perentoriamente para desvanecer toda clase de ilusiones. Con especialidad sobre dos puntos, el de las ciudades anseáticas y el de la Confederación del Rin, no habiendo hallado Mr. de Bubna tan absoluta á su corte como respecto de los otros, pareció que flaqueaba algo, y Napoleón se figuró que podría obtener la paz sin sufrir estas condiciones, que le eran particularmente insostenibles, salva acaso la necesidad de ceder á la posesión de Trieste. Así no desesperó de una paz concluida sobre estas bases, y en todo caso su partido se hallaba adoptado, y no sentía de ninguna manera seguir la lucha; y aún calculaba que en la continuación de la guerra tornaría á conquistar, no toda su gloria siempre intacta, sino todo su poderío, todo el que bajo las ruinas de Moscou se quedó sepultado.

Después de esta entrevista despidió Napoleón á Mr. de Bubna, encargándole que escribiera á su gabinete en el propio sentido, y envió á Mr. de Caulaincourt sus últimas resoluciones. No podía llegar antes del día 11 el correo portador de ellas. Ningún caso hizo Napoleón de semejante retardo, y aguardó la respuesta cualquiera que fuese, tomando sus disposiciones para la renovación de las hostilidades el 17 de agosto.

De consiguiente el día transcurrió en Praga sin que se recibiera nada de Dresde, muy á satisfacción de los negociadores de Rusia y Prusia, muy á pesar de Mr. de Caulaincourt, y con gran sentimiento de Mr. de Met-

ternich, quien, sin embargo de tener abrazado su partido, no veía sin susto por Austria la terrible prueba de una nueva guerra con Francia. Muchas veces fué á casa de Mr. de Caulaincourt durante aquel día, á fin de saber si de Dresde había llegado alguna respuesta, y hallando siempre á Mr. de Caulaincourt triste y taciturno, á causa de no poderle decir nada, le hubo de repetir que, pasada media noche, ya no sería árbitro sino beligerante, y que se hallaría reducido á solicitar la paz cerca de sus nuevos aliados, en lugar de podérsela imponer moderada y aceptable para todo el mundo.

Después de esperar todo el día 10 sin fruto, Mr. de Metternich firmó al cabo la adhesión del Austria á la coalición, y al día siguiente por la mañana anunció á Mr. de Caulaincourt y á Mr. de Narbonne, siempre ignorante de la negociación secreta, con un sentimiento que saltó á la vista de todos, que estaba disuelto el congreso de Praga, y que desde entonces Austria, forzada por sus deberes respecto de Alemania y de sí propia, se veía en el compromiso de declarar la guerra á Francia. Por su parte anunciaron que se retiraban los negociadores prusiano y ruso, descargando sobre Francia la responsabilidad del mal éxito de las negociaciones, y salieron de Praga con no disimulada alegría. Universal fué ésta á no dudarlo, y excepto Mr. de Metternich, á quien no se ocultaban las consecuencias posibles de una ruptura con Napoleón, aun arrostrándolas de frente, excepto el emperador que sentía el corazón oprimido al pensar en su hija, los austriacos de todas las clases manifestaron transportes de entusiasmo. Sin medida estallaron las pasiones germánicas de que participaban todos y á que se vieron forzados á poner freno, como habían estallado en Breslau y en Berlín.

Al fin en el curso del día 11 recibió Mr. de Caulaincourt el correo tan deseado la víspera, y al ver lo que llevaba sintió menos su llegada tardía. Aun cuando no desesperase de obtener de Mr. de Metternich algunas concesiones, de ningún modo se lisonjaba de conseguir la traslación de Prusia más allá del Oder; y aun prescindiendo de esta concesión quimérica, no creía poder conservar á Napoleón ni la ciudad de Hamburgo, ni el protectorado de la Confederación del Rin, ni menos el puerto de Trieste. Con todo, dejádoselo al Austria, conviniendo respecto de las ciudades anseáticas en un ajuste suspensivo, que hiciera depender su restitución de la paz con Inglaterra, no miraba como imposible atraer á Mr. de Metternich á las proposiciones de Francia. Así corrió á su casa, le halló triste, conmovido, desconsolado á causa de que llegaba muy tarde, sorprendido y desazonado de que se hubiera revelado á Mr. de Bubna el secreto de una negociación que se habían prometido mutuamente mantener oculta del todo, no juzgando aceptables las condiciones de Napoleón, si bien dando á entender á consecuencia del indicio bastante claro de que no eran irrevocables, que mostrándose absoluto acerca de la restitución de Trieste al Austria, del restablecimiento de Prusia hasta el Elba y de la abolición del protectorado de la Confederación del Rin, sería posible aplazar la cuestión de las ciudades anseáticas hasta la paz con Inglaterra, lo cual atenuaría en mucho este sacrificio para Napoleón, cubriéndolo con el inmenso brillo de la paz marítima.

Pero estas condiciones modificadas en tal sentido que hubiéramos podido imponer á las partes beligerantes hace veinticuatro horas, añadía Mr. de Metternich, no dependen ya de nosotros, y nos vemos reducidos á proponerlas sin saber si conseguiremos que sean aceptadas. Mr. de Metternich se mostraba además pesaroso y agitado, porque, si con su rara perspicacia descubría grandes probabilidades de realzar en la ocasión presente á su patria, no se le ocultaban tampoco las numerosas eventualidades de perderla, arrojándose á una guerra espantosa. Aunque imprudentísimo Napoleón á los ojos de los hombres de seso, tan grande se presentaba á la imaginación del mundo que aún se le temía profundamente á pesar de juzgarle extraviado por la pasión y expuesto á todas las faltas en que hace que se incurra.

A la verdad no podía seguir la negociación de oficio, pues el congreso estaba roto, y declarada oficialmente la guerra por Austria á Francia. Se acababan de alejar los plenipotenciarios ruso y prusiano, y no era oportuno que los plenipotenciarios franceses continuaran en Praga. Se convino en que, si Napoleón se prestaba á ello, se haría partir á Mr. de Narbonne solo, explicando á éste su partida aislada lo mejor posible, y en que Mr. de Caulaincourt se quedaría, por el contrario, para esperar el resultado de las negociaciones de que Mr. de Metternich se hallaba encargado respecto de los soberanos de Rusia y de Prusia, que dentro de dos ó tres días llegarían á Praga. Muy desagradable era para Mr. de Caulaincourt esta prolongación de resistencia, pues su posición iba á ser falsa del todo, cuando el emperador Alejandro se hallara en Praga, y no pudiera verle. Pero cuanto dejaba á la paz algún resquicio le parecía tolerable y hasta apetecible, y así consintió en permanecer allí de buen grado. Refiriendo lo acontecido en su entrevista con el ministro austriaco, dirigió á Napoleón nuevas instancias á favor de la paz, le rogó que continuara esta negociación por difícil que se hubiese hecho después de entablada, no ya con el Austria sola, sino con todas las potencias beligerantes, le estrechó á que le diera alguna latitud para seguir los tratos, y sobre todo á que le enviara poderes auténticos para firmar lo que se estipulase, pues en aquel instante supremo cualquiera falta de forma se podría interpretar como un nuevo subterfugio, y daría margen á que se le despidiera definitivamente. Mr. de Caulaincourt repitió una vez más á Napoleón, en lenguaje tan firme como sumiso y respetuoso, cuanto un hombre de bien y un buen patricio pueden exponer para ahorrar un yerro mortal á su soberano.

Estas comunicaciones enviadas á Dresde hallaron á Napoleón del todo prevenido á la guerra, y tan poco afligido como poco asombrado de la ruptura del congreso. El mismo día en que lo declaró disuelto el Austria antes de que se reuniera y anunció su adhesión á la coalición, fué denunciado el armisticio por los comisionados de las potencias beligerantes, lo cual fijaba la vuelta de las hostilidades para el 17 de agosto. Casi era ya nula la posibilidad de reanudar por vías secretas las negociaciones rotas con tanto ruido, y Napoleón obró como si no contara con ella. Acto continuo previno á Mr. de Narbonne que saliera inmediatamente de Praga, pues siendo este diplomático á la vez plenipotenciario

en el congreso y embajador francés en Austria, no podía figurar más tiempo ante una corte que acababa de declarar á Francia la guerra. A Mr. de Caulaincourt le autorizó para permanecer en Praga, no dentro de la ciudad misma, sino en sus alrededores, á fin de que este antiguo embajador de Francia en Rusia no se hallase en el propio sitio que el emperador Alejandro, no conviniendo *ornar su triunfo*, según sus expresiones, triunfo que nosotros le habíamos proporcionado á causa de una obstinación ciega; consintió en que sus últimas proposiciones fuesen transmitidas á Rusia y Prusia, no en su nombre, sino en nombre del Austria, que las presentaría como suyas, pues, según añadía, no convenía á su decoro proponer cosa alguna á las potencias beligerantes. A Mr. de Caulaincourt le envió poderes en forma, pero ninguna latitud para los tratos, siendo invariables sus condiciones respecto de las ciudades anseáticas, del protectorado del Rhin, y aun de Trieste, con que pretendía quedarse al restituir la Iliria al Austria. Debilísimas eventualidades de venir á parar á la paz eran todas no pudiendo el Austria admitir proposiciones semejantes, y aun cuando quisiera admitirlas, no pudiendo ya echar en la balanza el peso decisivo de su espada, por haberla dejado tiempo de comprometerse con la coalición á pesar de sus reiterados consejos.

Pero á Napoleón no le hacían fuerza ninguna estas razones, ni las instancias de Mr. de Caulaincourt produjeron sobre su ánimo la impresión más leve. Respetaba el carácter y la franqueza de este personaje, le trataba con mayor consideración que á Mr. de Basano, pero le escuchaba poco, á causa de comprender que profesaba ideas distintas de las suyas. Acababa de celebrar el 10 el día de su santo, fijado comunmente para el 15 de agosto: á todo el ejército había dado festines, y distribuido no pocos premios por el tiro al blanco, y ahuyentando lo posible las siniestras imágenes de la muerte del espíritu de nuestros soldados, á quienes tan fácilmente se proporcionaban distracción y recreo. Del todo preparados estaban sus cuerpos de tropas, y desde el 11 empezaron á salir de sus acantonamientos para concentrarse bajo las órdenes de sus jefes y trasladarse á la línea adonde se les destinaba á la pelea. Descansados, reforzados y completos se hallaban los cuerpos antiguos; su organización terminaban entonces los nuevos; aunque joven, se había hecho excelente la caballería y aun numerosa. Concluidas estaban ó á punto de concluirse las obras de Koenigstein, de Lilienstein, de Dresde, de Torgau, de Vittemberg, de Magdeburgo, de Werben, de Hamburgo. Ya estaban reunidos sobre los puntos donde hacían falta los vastos acopios, que se hubieron de remontar por el Elba desde Hamburgo hasta Magdeburgo, y desde Magdeburgo hasta Dresde. Esta capital rebosaba de granos, de harinas, de bebidas espirituosas y de carne fresca y salada. Acelerados fueron todos los convoyes y se dictaron órdenes para que el 15 de agosto no se viese ya carro alguno por los caminos de Alemania y ni un solo barco sobre el Elba, á fin de que los cosacos no encontraran en qué ejercitar la rapiña, y sólo pudieran *saquear el país*, según Napoleón escribía al mariscal Davout. Personalmente pensaba marchar del 15 al 16 de agosto hacia Silesia y la frontera de Bohemia, donde tenía esperanza de ver

empezar las hostilidades. Por lo demás á nadie dejó duda acerca de la renovación de la guerra. Al general Rapp escribió á Dantzick para animarle y tranquilizarle sobre el éxito de esta nueva lucha, conferirle poderes extraordinarios y recomendarle que jamás rindiera la plaza, y prometerle que levantaría el bloqueo muy pronto.

Otro tanto hizo respecto de los gobernadores de Glogau, de Stettin y de Custrin. Al mariscal Davout escribió á Hamburgo y al general Lemarois á Magdeburgo, que estuviesen en guardia, porque iba á comenzar de nuevo la guerra y sería terrible, si bien estaba en disposición de hacer cara á todos sus enemigos, inclusa el Austria, y esperaba poderlos castigar antes de tres meses por sus indignas proposiciones. A nadie dijo el motivo por el cual no pudo la paz llevarse á remate, á causa de no atreverse: ni aun informó sobre este punto al verdadero jefe del gobierno de la regencia, al archicanciller Cambeceres, contentándose con enviarle á decir que pronto se le darían á conocer las exigencias del Austria, sobre las cuales había necesidad de guardar secreto por entonces, bien que habían sido exorbitantes hasta el extremo de resentirse de ofensivas. Respetando Napoleón algo menos al duque de Rovigo, aventuróse á comunicarle una mentira de bulto, pues osó escribirle que se había pretendido arrebatarnos á Venecia, fundándose aparentemente en su tema ordinario de que pedir á Trieste equivalía á pedir á Venecia, como si se supusiera que pedir á Magdeburgo equivalía á pedir Maguncia, por hallarse una ciudad en el camino de la otra. No queriendo que la emperatriz experimentara zozobras prescribió al archicanciller que la hiciera marchar á Cherburgo, á fin de que no supiese la ruptura y la vuelta á las hostilidades hasta después de ganada alguna gran batalla y de pasados los más espantosos peligros.

A la sazón presentóse en Dresde uno de los lugartenientes de Napoleón más útiles en un día de batalla, y doblemente deseable en las circunstancias actuales bajo el aspecto de la guerra y de la política: era el rey de Nápoles. Además de que, pudiendo presentar como treinta mil jinetes en línea la caballería de reserva, necesitaba que un jefe de mérito superior la mandase, para Napoleón era un grande alivio y un motivo de seguridad verdadera el haber sacado á Murat de Italia. Se ha visto que, cansado del yugo de Napoleón, ultrajado de resultados de sus tratamientos ofensivos, alarmado por la suerte de la dinastía imperial, pensó ligarse al Austria y á la política mediadora de esta potencia, á fin de salvar de un desastre general su trono, y que, desconfiando hasta de su esposa, acabó por recatarse de ella y por caer en enfermizas agitaciones. También se ha visto que, para completar Napoleón el ejército de Italia y para poner la corte de Nápoles á prueba, le pidió una división de sus tropas, y que Murat, en intrigas á la sazón con Austria, y queriendo además guardar bajo su mano á su ejército entero, se negó á los deseos de su cuñado. Pero con su método de costumbre, hizo Napoleón que Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia, intimase á Murat que se atemperara á sus prescripciones bajo pena de guerra. Entonces, no sabiendo Murat á qué partido arrojarse, ora viendo á Napoleón batido y en ruina y derrocados todos los tronos de los

Bonapartes, excepto quizá los de aquellos que operaran su defección á tiempo, ora viéndole vencedor en Lutzen, en Bautzen y en otros puntos, desarmando á Europa con la victoria y las concesiones, sacrificando á la paz á España y á Nápoles en caso necesario, había caído en un verdadero estado de locura, cuando le determinaron á obedecer los consejos de su esposa y las cartas del duque de Otranto, con quien más de una vez estuvo en secretas intrigas. Pero no queriendo que la reconciliación se efectuase á medias, ya que se decidía á ponerse en marcha, fué á colocarse á la cabeza de la caballería del grande ejército, y llegó á Dresde la víspera de la entrada en campaña. Napoleón le recibió con semblante halagüeño, y aparentando no hacer caso de lo acontecido, fingiendo no dar ninguna importancia á las versatilidades de un cuñado tan valeroso como inconsecuente, perdonando en suma, si bien con cierta muestra de desdén, que Murat discernía á las claras, y que sentía sin expresarlo.

Llevóle, pues, consigo y salió en dirección de Bautzen la noche del 15 al 16 de agosto, á fin de hallarse en las avanzadas veinticuatro horas antes de la vuelta á las hostilidades, y no conservando evidentemente ninguna esperanza de ver que surgiera la paz de los esfuerzos reunidos de Mr. de Caulaincourt y de Mr. de Metternich. Efectivamente, bien débil era la esperanza, tanto á causa de las mismas condiciones como del tiempo tristemente perdido. Inmediatamente después de recibir Mr. de Caulaincourt las últimas comunicaciones de Dresde, y de haber alegado algunos pretextos para explicar á Mr. de Narbonne la prolongación de su permanencia en Praga, fué en busca de Mr. de Metternich para presentarle sus poderes y suministrarle así la prueba de que estaba autorizado para negociar formalmente, aunque bajo la condición de que las proposiciones que se trataba de hacer adoptar á las cortes de Rusia y de Prusia fuesen presentadas en nombre del Austria y no en nombre de Francia. No podía ofrecer gran satisfacción tocando á lo substancial de las cosas, puesto que Napoleón persistía casi en todas sus proposiciones. Sin embargo, si aún fuera libre el Austria pudiera admitir las proposiciones francesas, porque recuperando la Iliria, y además la parte de la Galitzia que se le había tomado para constituir el gran ducado de Varsovia, obteniendo una especie de reconstitución de la Prusia por medio de la disolución de este gran ducado, quedando desembarazada lo mismo que sus aliados del fantasma de la Polonia, que durante años había mantenido siempre Napoleón á los ojos de sus antiguos desmembrados, probablemente discurriera que sacaba muy bastante de las circunstancias, y no arrostrara los azares de la guerra por Trieste, y menos por Hamburgo, que interesaba á Inglaterra y á Prusia más que á ella. Desgraciadamente ya no era libre, y no queriendo faltar á la palabra dada á sus nuevos aliados, no podía hacer más que dirigirles consejos, sin que le quedara el recurso de negarles su alianza, otorgada desde el 10 de agosto por la noche. Diciendo Mr. de Metternich más de lo que había dicho nunca, ahora que de sus conferencias no resultaban inconvenientes, confesó al duque de Vicencio que algo modificadas estas proposiciones condujeran á la paz ocho días antes, según todas las verosimilitudes, pero que, dependiendo ya de la voluntad

ajena, y no pudiendo nada sin sus aliados, desesperaba de conseguir que fuesen admitidas. Habló de las pasiones de que se hallaban animados, de las esperanzas que habían concebido, del efecto que les produjo la batalla de Vitoria, y fácil era de conocer en la conmoción que experimentaba la sinceridad de su pesadumbre. Con efecto, para Inglaterra protegida por el mar y para Rusia protegida por la distancia, no podía tener al cabo consecuencias mortales la lucha; pero para Prusia y Austria, á las cuales nada resguardaba de los golpes de Napoleón, y que habían pasado respecto de su persona de la alianza á la guerra, podía traer resultados desastrosos, y á Mr. de Metternich se le alcanzaba perfectamente que, por mucha razón que le asistiese en esta coyuntura para probar á rehacer la situación de su patria, se le dirigirían sangrientos cargos si quedaba Napoleón victorioso. De consiguiente, es muy presumible que, si todavía fuera libre, aceptara las condiciones propuestas, salvas algunas alteraciones, y ya era notorio que, perdiendo tiempo con obstinación lastimosa, se había producido mayor daño quizá que persistiendo en pretensiones excesivas.

Sea como quiera, se convino en que tan luego como el emperador Alejandro y el rey de Prusia llegaran á Praga, les haría Mr. de Metternich por cuenta de su soberano las proposiciones de que se acababa de dar noticia, y daría la respuesta antes del 17 de agosto. Para hacer decorosa la posición del duque de Vicencio, al cual se prodigaron siempre los miramientos de que era digno, determinóse que fuera á aguardar la respuesta de Mr. de Metternich á la quinta de Koenigsal, situada cerca de Praga y perteneciente al emperador Francisco. De este modo se ahorraría de estar en el mismo punto que el emperador Alejandro, y de presenciar todo el júbilo de los coligados, que recibirían con transporte la nueva de la vuelta á las hostilidades y de la adhesión de Austria á la coalición europea.

Ya desde el 11 de agosto acudió á Praga una parte de los estados mayores prusianos y ruso, para concertar las operaciones militares con el estado mayor austriaco: un ejército de más de cien mil hombres, prusianos ó rusos, entraba en Bohemia para unirse al ejército de Austria; se abrazaban los oficiales de las tres huestes, se felicitaban de pelear juntos para contribuir á lo que llamaban la libertad común, y dondequiera estallaba una alegría por decirlo así convulsiva, pues era una mezcla de esperanza, de temor y de resolución desesperada.

Su entrada hizo el emperador Alejandro el día 15 en Praga, y fué recibido allí con los honores debidos á su categoría y al papel de libertador de Europa que entonces le atribuía todo el mundo, excepto no obstante el gobierno austriaco, harto ofuscado por tan entusiastas demostraciones, y poco dispuesto á cambiar la dominación de Francia por la de Rusia. Tan luego como este monarca se halló en Praga, y antes de que llegase el rey de Prusia, le enteraron el emperador Francisco y Mr. de Metternich del secreto de la negociación clandestina, nacida al lado de la negociación oficial durante los últimos días del congreso de Praga, y le pidieron su dictamen. No era oportuno hablar de paz en este momento. Alejandro se hallaba embriagado de esperanza de resultados de la batalla de Vitoria, y, sobre todo, después de la adhesión del Austria. Quizá se lisonjeara de poder

sustentar sin el auxilio de esta potencia la lucha, habiendo recibido numerosos refuerzos durante los dos últimos meses, y acrecentando también considerablemente la Prusia sus armamentos. Pero con el Austria, con las noticias transmitidas por los ingleses acerca de sus progresos en España, de su próxima entrada en Francia, no dudaba de ser pronto vencedor de Napoleón y de reemplazarle en Europa. Se hallaba la cabeza de este joven soberano en un estado de incandescencia extraordinaria, y para tocar al término de su ambición, no había peligros que no estuviera dispuesto á arrostrar, ni halagos que no estuviera propicio á prodigar tanto á sus antiguos como á sus modernos auxiliares. Con efecto, se mostraba solícito y lleno de aparente deferencia hacia todos, y lejos de engrandecerse, se esmeraba en presentarse menos grande y menos poderoso que lo era, por miedo de producir ofuscación y desagrado. Con mucho respeto y suma condescendencia hacia el emperador Francisco, sin ostentar el intento de destronar á Napoleón, esto es, á María Luisa, manifestó la esperanza de conquistar en breve por medio de la guerra mejores condiciones, y una independencia de Alemania infinitamente más garantida. Por otra parte, le asistía una razón muy poderosa para alegrarla ante Austria, y consistía, en que sin el abandono de las ciudades anseáticas sería imposible alcanzar la adhesión de Inglaterra, á cuya potencia se hallaban estrechamente ligados, y además tenía un cebo muy seductor para hacerlo brillar á sus ojos, y consistía en la posibilidad de restituirle parte de Italia, si se lograba la victoria. Por consiguiente, sin esperar la llegada del rey de Prusia, hizo responder Alejandro, por escrito, y por conducto de Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt que, después de conferenciar entre sí SS. MM. los soberanos aliados, pensando «que toda idea de paz verdadera era inseparable de la pacificación general, que SS. MM. se habían lisonjeado de preparar con las negociaciones de Praga, no habían hallado en los artículos que proponía ahora S. M. el emperador Napoleón las condiciones que pudieran conducir al grande objeto en que tenían puesta la mira, y que por tanto SS. MM. juzgaban inadmisibles aquellas condiciones.» Esto equivalía á decir á las claras que eran miradas como del todo inaceptables por Inglaterra.

Mr. de Bänder, empleado de la legación austriaca, fué encargado de llevar en persona esta respuesta á la quinta de Koenigsal á Mr. de Caulaincourt y de entregársela por escrito. Aun aguardándola Mr. de Caulaincourt en esta forma, quedó consternado, porque en su buen seso, y en su noble patriotismo, no auguraba más que grandes desventuras de la continuación de la guerra.

Seguidamente hizo sus preparativos de viaje, vió por última vez á Mr. de Metternich, con quien cruzó nuevas é inútiles expresiones de sentimiento; convino con él en que se podría abrir un congreso, donde se negociase mientras se menearan las armas, débil esperanza que para unos y otros dejaba la eventualidad de firmar su destrucción propia después de un desafío horroroso, y se fué á unir con Napoleón en Lusacia. Lleno el corazón de cierta especie de desesperación, escribió á Mr. de Basano, para expresarle en lenguaje explícito y amargo el disgusto de que se le hubiese empleado en una negociación ilusoria, y llegado á presencia de Napoleón ma-

nifestóle con respeto grave, si bien con convicción firme, el dolor que experimentaba por haber visto desperdiciada esta ocasión única de obtener la paz. De una manera ligera procuró Napoleón consolarle relativamente á esta ocasión frustrada, prometiéndole proporcionar otra más excelente antes de mucho, y le volvió al ejercicio de sus funciones, que nominalmente eran las de caballerizo mayor, pero que, después de la muerte del mariscal Duroc, participaban de las de gran mariscal y aun de las de ministro de Negocios extranjeros y de embajador extraordinario. Los honores podían tocar á este gran corazón, sensible sin duda á los favores de la corte, pero no eran capaces de hacerle olvidar de ningún modo los infortunios de su patria.

Tal fué esta célebre y desgraciada negociación con Austria, empezada y seguida bajo el influjo de las más fúestas ilusiones, y con una torpeza que sólo pueden explicar en un espíritu tan penetrante como el de Napoleón las pasiones. Según lo hemos dicho, según lo habían sustentado MM. de Caulaincourt, de Talleyrand y de Cambaceres en el consejo celebrado en las Tullerías, se necesitaba ó anular al Austria en esta coyuntura, probarlo á lo menos colmándola de contemplaciones, afectando no quererla comprometer en una guerra con que no tenía que ver nada, y sobre todo no pidiéndola ninguna porción de sus fuerzas, para no suministrarla por sí un pretexto de armarse; ó bien en el caso de apremiarla á tomar parte antes de tiempo en los sucesos, de facilitarla un motivo para aumentar sus fuerzas, de llevarla como de la mano al papel de mediadora, se necesitaba prever sus deseos, nacidos de su situación misma, y resignarse á satisfacerlos, lo cual no fuera al cabo muy costoso. Pero impulsarla á empuñar la espada y figurarse que la esgrimiría en nuestro apoyo y no en el suyo, á nuestra voluntad y no á la de ella, era el colmo de las ilusiones, de las ilusiones que se forjan así los espíritus levantados como los pequeños, cuando han menester engañarse á sí propios. Si á esta falta se añade la de haber firmado el armisticio de Pleiswitz antes de haber repellido á los coligados sobre el Vístula y lejos de los austriacos, segunda falta inherente, como se ha visto, á este mismo deseo obstinado de eludir las condiciones de la corte de Viena, se tienen averiguadas las causas verdaderas que trajeron á tan fatal desenlace los sucesos al principio venturosísimos de la primavera de 1813.

Por lo demás, ya resonaba el cañón sobre una línea de ciento cincuenta leguas, desde Koenigstein hasta Hamburgo, y excitado Napoleón por el estruendo de las armas, olvidóse muy pronto de las idas y venidas, de las expresiones y las réplicas de los diplomáticos, para no pensar más que en sus vastos designios militares, de los cuales se debía prometer resultados de la mayor trascendencia. Llegada era la hora de dar á conocer su plan y sus fuerzas para esta segunda parte de la campaña de Sajonia. Pero á fin de comprenderlo más de lleno, conviene que se conozcan ante todo el plan y las fuerzas de nuestros enemigos.

Se hace memoria de que en Trachenberg se convino por los coligados en que tres ejércitos principales marcharían contra Napoleón y obrarían todos ofensivamente, si bien con cautela, á fin de evitar los lancés de com-promiso; en que, con esta mira, aquel contra el cual se dirigiera Napoleón aflojaría el paso, mientras procura-

rían los otros dos lanzarse sobre sus flancos y su espalda, y abrumar así á los lugartenientes que tuvieran el cargo de su defensa. Estos tres ejércitos debían ser los de Bohemia, Silesia y el Norte, que con la agregación de los cuerpos de Baviera y de Italia ascenderían á quinientos sesenta y cinco mil hombres de tropas activas, arrastrando consigo mil quinientas bocas de fuego, sin contar doscientos cincuenta mil hombres de reserva distribuidos en Bohemia, Polonia y la Vieja Prusia. Con efecto, se había casi llegado á estos guarismos enormes durante el armisticio, no menos provechoso para la coalición que para Napoleón, pues los rusos recibieron los refuerzos y el material que no tuvieron tiempo de allegar en la precipitación de su marcha de invierno, y los prusianos lograron igualmente espacio para armar é instruir á sus innumerables voluntarios, y finalmente el Austria pudo organizar su ejército, que apenas existía sobre el papel en el mes de enero, de modo que aparte de la ventaja política de decidir al Austria, aun tuvo el armisticio de Pleiswitz para los coligados la de duplicar el número de las tropas que iban á oponernos.

Las fuerzas de la coalición se hallaban distribuidas en esta forma. Cerca de ciento veinte mil austriacos, veteranos la mitad de ellos, estaban en Bohemia, alineados á la falda de las montañas que separan esta provincia de la Sajonia, y prontos á cruzar sus desfiladeros. Setenta mil rusos á las órdenes de Barclay de Tolly y sesenta mil prusianos á las del general Kleist, aguardaron la declaración del Austria para trasladarse de Silesia á Bohemia é ir á formar con los austriacos el grande ejército destinado á rebasar la posición de Dresde, mediante una marcha por Sajonia. El punto de mira de este ejército, llamado de Bohemia, era Leipsick, y los coligados no comprendían que Napoleón, acometido de frente por otros dos ejércitos sobre el Elba, se pudiera mantener firme contra un ataque tan formidable como el que se le preparaba hacia la espalda con doscientos cincuenta mil hombres. Por deferencia al Austria, y para decidirla por todos los medios imaginables, incluso los de la lisonja, confirióse el mando superior del ejército de Bohemia al príncipe de Schwartzemberg, que había negociado en calidad de embajador el matrimonio de María Luisa, y había mandado el cuerpo auxiliar austriaco en 1812, y acababa de ser enviado á París muy recientemente. Estos papeles contradictorios embarazaban algún tanto á este personaje, que debía á Napoleón el bastón de mariscal sin haberlo merecido, y era llamado á merecerlo contra el mismo que le había hecho alcanzarlo. Así experimentaba un temor singular de verse delante de un adversario como Napoleón, bien que en el consejo aulico hubiese hablado mucho del quebrantamiento de las tropas francesas, y según costumbre se consolaba de una posición falsa con los deleites del orgullo satisfecho. A la verdad era un honor insigne para su persona el de ejercer tan vasto mando ante los ojos de los soberanos coligados, y no desmerecía distinción tamaña bajo ciertos aspectos, pues descollaba por lo juicioso, no le faltaba práctica de la gran guerra, y poseía una flexibilidad que le hacía idóneo para manejar los diversísimos caracteres de que la coalición se componía. A esta lisonja respecto del Austria añadióse una especie de cuidado no menos capaz de conmovérlo. Por un artículo secreto del tratado de subsidios celebra-